



Humanismo y música: una propuesta formativa y de transformación social ¹

Esther Sestelo Longueira

Académica Correspondiente de la Sección de Arquitectura y Bellas Artes. Real Academia de Doctores de España

Dr. D. Pedro Rocamora García-Vals, vicepresidente de la Real Academia de Doctores de España, Dr. D. Jacinto Torres Mulas, presidente de la Sección de Arquitectura y Bellas Artes de la mencionada Academia, académicos y personalidades aquí presentes, Sras. y Sres.

Es para mí un alto honor haber sido distinguida, por la Real Academia de Doctores de España, como Miembro Correspondiente de la misma, razón por la cual quiero expresar mi profundo agradecimiento y la emoción que me embarga. Y aunque soy consciente de la responsabilidad y dificultad de estar a la altura de tan venerable Institución, y de todos los académicos que la integran, espero llegar, al menos, a través de mis palabras, a ser acreedora de tal distinción.

Asimismo, quiero agradecer, profundamente, al vicepresidente de la Academia, doctor D. Pedro Rocamora, por hacerme el honor de presidir este acto, y a mi compañero y colega el doctor don Jacinto Torres, por brindarse a dictar mi presentación, dedicándome unas palabras tan generosas y cariñosas. Gracias, a ambos. De la misma forma, no quiero dejar de mencionar a mi mentor, el Académico de Número de esta Real Academia, en la sección de Medicina, el Dr. D. Jesús Martínez-Falero, por haberme presentado y propuesto como Académica Correspondiente a esta Sección de Arquitectura y Bellas Artes. Por ello, muchas gracias.

Pero antes de comenzar realmente la difícil tarea de mi función, me van a permitir ustedes que les indique que, como doctora en Musicología e Historia y Ciencias de la Música, y también con varios Títulos Superiores de Conservatorio, creo aunar una visión teórica y práctica de la Música para poder reflexionar con ustedes, desde mi experiencia, en la

¹ Discurso de ingreso como Académica Correspondiente de la Dra. D.ª Esther Sestelo Longueira pronunciado el 11-05-2011.



relación que este Arte tiene con el humanismo y en el papel que tiene o debería tener en la educación y formación y, también, en la sociedad en general.

Aunque mi experiencia como docente comenzó en el ámbito de los Conservatorios, es decir, en la formación de jóvenes en el camino profesional de la música y en la formación de profesorado en esta especialidad, posteriormente continuó en la Universidad, a través de la investigación y pensamiento de diferentes aspectos de la Musicología y del Arte en general, y muy especialmente del Humanismo de la Música, en particular. Dichos aspectos ya los he llevado a la práctica en distintas Universidades Nacionales e Internacionales, dirigiéndome a universitarios con diferente nivel intelectual y distintas especialidades aunque, de forma generalizada, sin conocimiento alguno en Música. Por estas razones, y como les comentaba anteriormente, me gustaría elaborar ciertos planteamientos para establecer una reflexión intelectual del porqué de esta situación, del porqué de esta ausencia de saber musical en la formación general del ciudadano, para poder, después, extraer conclusiones de cómo es posible innovar en la educación y formación a través de la música, y cómo esto nos conduciría a una verdadera transformación social.

Lo primero que hay que reconocer, en la asignatura de música de recientes planes educativos frente a los más antiguos, es el cambio de quiénes tienen la responsabilidad de impartirla. Antiguamente, aunque esta asignatura estuviese configurada, el único criterio que se seguía para su impartición era comprobar qué profesores del claustro tenían disponibilidad horaria. Es decir, no había intención alguna de crear una red de especialistas responsables de impartir dicha enseñanza por lo que ésta nacía, desde su inicio, en una materia “sin importancia” donde ese profesor obligado a impartirla intentaba cubrir el expediente de la mejor forma posible, por lo que la exigencia a los alumnos estaba en proporción a esta realidad y, como conclusión, la configuración de asignatura relevante y necesaria era inexistente.

Esta situación, poco a poco, ha ido cambiando, por lo que hace algunos años, y hasta muy recientemente, especialistas en música se encargaban de esta responsabilidad. Ya fuesen los diplomados de la Facultad de Ciencias de la Educación, encargados de la enseñanza primaria, o los licenciados de los Conservatorios y Facultades de diferentes Universidades, es decir, los Profesores Superiores de distintas especialidades instrumentales o teóricas, y los licenciados o doctores en Musicología o en Historia y Ciencias de la Música, actuales docentes de la enseñanza secundaria y superior. (Hablo, por desgracia también en pasado, pues en la más rabiosa actualidad, se vuelve a contemplar la situación anterior, es decir, la posibilidad y realidad de que, en algunos niveles educativos, profesores no especialistas en Música, puedan impartir este Arte).



No obstante, y si en apariencia, el panorama de la enseñanza de la música había mejorado cualitativamente al estar en manos, en principio, de los especialistas en la materia, aunque, como les apuntaba anteriormente, volvemos, en la actualidad, a un retroceso en esta situación, es necesario formular varias preguntas: ¿cuál era y es el problema?, ¿dónde estaba y está el fallo?, ¿por qué no se ha operado un verdadero cambio en el concepto del hecho musical?, ¿se pueden, realmente, realizar innovaciones en la educación y formación a través de la música?, ¿son posibles los cambios en la educación musical en aras de una verdadera transformación social?

En mi opinión, Sí. Sí son posibles cambios en la educación musical y en la formación de la sociedad a través de la música. Sí se pueden realizar innovaciones importantes en la educación y en la formación a través de la música. Pero, para ello, hay que realizar un diagnóstico honesto de la realidad, hay que establecer, sinceramente, el verdadero estado de la cuestión para llegar hasta el fondo, visualizar el fallo o los fallos y amputarlos de raíz o, al menos, transformarlos. Debemos, primero, no retroceder en quiénes deben impartir este Arte, por supuesto, los especialistas, convirtiéndose el hecho contrario en un engaño político y desidia contra la cultura una vez más, y segundo, llegar a la esencia para comprender qué es lo que se estaba y se está haciendo de forma errónea, qué es lo que se está haciendo de forma inapropiada.

Pero antes de comentar la verdadera razón de esta problemática, no podemos ignorar que todavía hoy encontramos en la calle (auténtica *ágora* de nuestros días, gracias o a pesar de los *mass-media*), la negativa a considerar útil o conveniente una atención adecuada a la educación musical, dentro de la formación general de los ciudadanos. Y sorprende que quienes niegan la virtud formativa de la música, generalmente se desentienden de la teoría de dicho arte y carecen de vivencias ejemplarizantes, únicas vías que autorizarían ese saber que dogmatiza, sin ellas, contra la educación que Grecia colocó en la raíz de nuestra cultura. Pues como Hegel certifica, la música “era una de las materias principales en la enseñanza griega y en la educación de los griegos, en general”.

El verdadero problema es que seguimos poniendo un barniz en torno a la música. El sistema educativo sigue sin interés en mostrar a los padres, a los profesores, a los alumnos universitarios, y no universitarios, a los profesionales y a la sociedad, en general, que la música es una enseñanza vital en la educación, vital en la formación, una experiencia vital para el desarrollo del ser humano.

Y ¿por qué es una enseñanza fundamental y prioritaria en la educación y en la formación de verdaderos seres humanos? Pues porque la Música no sólo aporta conocimientos y desarrolla habilidades como lo hacen otras materias. Hablamos de los soportes científicos donde se fundamenta, tales como el desarrollo de la abstracción, del concepto espacial, del



concepto físico-matemático, de la memoria, del lenguaje, etc... Pero, además de esto, y todavía más importante y que la distingue frente a otras enseñanzas: porque la Música potencia los valores humanos y espirituales que ayudan a vivir, que ayudan al desarrollo de un ser humano libre, inteligente y solidario quien, además, practica la excelencia en el camino del descubrimiento de la belleza.

Hoy contemplamos, con estupor, cómo esta sociedad traslada los valores espirituales por la ambición desmedida de lo material, quedándose desprovista de toda aspiración estética. La agresividad, la violencia y la vulgarización de los medios de comunicación son el reflejo de una sociedad que retrocede en la búsqueda de los valores intelectuales, estéticos, humanos y espirituales. Tenemos que poner los medios para que esto cambie; para que esta desalentadora realidad de hoy, no se convierta en el peligro irremediable del mañana.

Por eso les digo con vehemencia, que lo que tenemos que demostrar y divulgar es el gran poder formativo y de comunicación que tiene el arte musical. Todavía muchas personas reducen este arte a un medio decorativo, a un medio de diversión, que hace hincapié en la sensibilidad y en el buen gusto. Pero no podemos ignorar que, además de esto y en un nivel superior, la experiencia musical puede contribuir, y contribuye eficazmente, a nuestro crecimiento y maduración como personas.

La música significa mucho más de lo que habitualmente se piensa, incluso entre los propios profesionales, y aquí está otro de los fallos del por qué no se produce la revolución en el planteamiento de la misma, ya que por un lado el sistema y muchos de sus responsables políticos, por otro, algunos especialistas y, por último, la sociedad en general, no se han planteado su verdadera dimensión, la verdadera dimensión del Arte de la Música. Por ello, debemos reflexionar profundamente sobre su alcance y sentido global, porque el tener la facultad de lo profundo, de lo creativo, de lo contrario a lo aparente, y del valor de la comunicación, significa, sin lugar a dudas, algo valioso, un tesoro, una meta a alcanzar, algo que nos va a ayudar a traspasar lo humano, para llegar a lo trascendente.

Éste sería el secreto, la clave. Porque la música es un fenómeno real, basada en la razón y en las capacidades intelectuales, en la inteligencia de muchas personas dotadas para ello y que, durante años y de forma constante, se esfuerzan por descubrir sus posibilidades. Pero la música también es una capacidad que podemos descubrir todos si se nos revela de forma adecuada, si nos rodeamos de personas que la crean, porque tienen ese don, para nosotros después recrearnos en ella y con ellos. Porque ese es el verdadero descubrimiento: que todos podemos crear a través de otros. Porque la música está viva, no es una realidad objetiva como otras, no es externa, sino interior y que podemos generar a través de los otros, en solidaridad, en comunión, a través de esa cadena humana que puede llegar a formar una gran espiral cósmica que se alimenta de las vibraciones de esa resonancia.



Y quiero hacer hincapié en esto. En que todos podemos ser creativos si logramos adentrarnos en las fórmulas apropiadas. Porque todos tenemos la suerte de poder ser creativos, sin necesidad de ser originales, es decir, de crear algo de la nada. Porque, hay que decir las cosas claras, nadie puede crear algo de la nada, ni los genios más grandes de la historia. Porque, si pensamos eso, nos convertiríamos en demiurgos, en la proliferación de estos hombres-dioses contemporáneos.

Porque todos los grandes músicos se convierten, al final, en grandes eclécticos, utilizando todo lo existente cuando les conviene, pero con la originalidad de su singularidad. Y deben sentirse orgullosos de practicar ese eclecticismo que no es, ni más ni menos, que utilizar la tradición. Porque utilizando la tradición se siente el orgullo de formar parte de la historia, de esa gran relación de personas privilegiadas que intentaron e intentan aportar su mejor legado a la humanidad. Por eso los que tenemos alguna responsabilidad docente, educativa, formativa, dentro del ámbito musical, debemos transmitir que, a través de la música, podemos sentirnos orgullosos de formar parte de esa gran cadena, ser eslabones sólidos de la misma para que esa historia no se rompa.

Porque, por supuesto, determinados aspectos de la música son susceptibles de un profundo análisis intelectual. Pensemos, y como comentaba anteriormente, en sus bases científicas, porque ya no hay que explicar que la música es una ciencia, eso ya está demostrado y la comunidad científica ya ha llegado a esas conclusiones. Pero si se quiere ejemplificar en algo, pensemos en la ciencia de la armonía y de la composición, de las relaciones matemáticas de la interválica, de la acústica, de las relaciones físicas en las vibraciones del sonido, en general, y del que genera la organología, en particular, de las formas musicales, de las técnicas interpretativas, de la historia y la estética de la Música, de la Musicología...

Pero además de esto, ya hay muchos estudios recientes que demuestran los beneficios de la llamada Música Clásica, Culta o de Arte no sólo para el desarrollo intelectual, sino también para resolver diferentes problemas de salud física y psicológica de las personas. Y por extensión, está demostrado que el Arte de la Música no sólo distingue a las personas que lo disfrutan porque aporta cultura y sensibilidad, sino porque ayuda a percibir mejor la vida, a nosotros mismos y a los demás, ya que potencia nuestros sentidos, preparándonos para descubrir lo mejor, preparándonos para descubrir la ética y la estética; la belleza en toda su dimensión. Y esto es lo que nos debe infundir todavía más admiración y respeto, lo que muchos denominan inspiración, algo misterioso, enigmático, que hace traspasar esa barrera de lo científico, una creación que muchas veces no representa algo intelectualmente conforme a un fin o a una utilidad, sino que justamente lo rebasa y supera para conferirle calidades y cualidades sentimentales e imaginativas, que hacen traspasar la barrera de lo humano, para sentir que se ha alcanzado la obra de arte en ese camino de perfección y de belleza.



Pero, a pesar de esto, no debemos obviar, y como decía anteriormente, que el hombre crea estas geniales obras musicales, dentro de esa herencia histórica que le ha hecho llegar hasta aquí. Éste es otro gran descubrimiento de las aportaciones formativas de la música, el que crea y potencia a hombres libres y autónomos, pero en la humildad de que son parte de esa gran cadena humana, esa gran relación de seres humanos que nos recuerdan que no estamos solos, que nos recuerdan nuestra misión en la vida y nuestra importancia, pero también nuestra fragilidad.

Todas estas reflexiones me llevan a confesarles mi convicción más íntima y personal acerca de lo que es la verdadera filosofía de la música y de su poder formativo. Que aparte de todos esos logros demostrables y objetivables de los que sólo son privilegiados unos pocos, la música nos descubre y nos eleva a la verdadera madurez humana, es decir, nos ayuda a todos a desarrollar las más importantes capacidades de los verdaderos seres humanos, si logramos captar, debidamente, su mensaje de humanismo y de belleza.

El humanismo es la filosofía que da sentido a muchas obras musicales y es fiel reflejo de la personalidad de muchos músicos. Músicos humanistas inclinados por esta estética la han visto potenciada a través de las lecturas de Platón, de Fray Luis de León, de Góngora, del estudio de los místicos españoles y del entusiasmo por los pintores y músicos humanistas del renacimiento.

Porque hay que recordar que el humanismo, como concepto, surge en el Renacimiento a través de unos pensadores que hicieron revivir las lenguas y el arte clásico, artistas que se apartaron de las ideas de la Edad Media tratando de sustituirlas por una concepción más humana del mundo. Se vive con ellos la aventura de la ciencia, la sed de los descubrimientos, que constituyen la juventud misma del nuevo siglo XV en Florencia. Los objetivos del arte se hacen autónomos, el gusto por el mundo sensible es decisivo, y el cuerpo y la figura humana son las primeras conquistas. Y en el siglo XVI, la estética del Renacimiento italiano se distingue por el descubrimiento del individuo; éste deja de negar su sensualidad.

En el paso del primer al segundo Renacimiento, los artistas son hombres sabios cuyo denominador común consiste en divinizar la vida. Miguel Ángel, Rafael, Giotto, Tiziano, Tintoretto, Leonardo... Estructura, proporción, dimensiones; simetrías, asimetrías; perfección, color, sensualidad; amor profano, amor divino; tierra, cielo; bien, mal; virtud, defecto; espiritualidad, hombre..., rasgos de este arte humanista.

Y la Europa de los siglos XV y XVI presencié cómo también la música experimentaba el redescubrimiento de las antiguas culturas de Grecia y Roma. Porque la música había adquirido una extremada complejidad, en los ritmos y en las voces, derivando en obras de



enorme dificultad no sólo de interpretación, sino de entendimiento. Esto llevaba a una máxima abstracción y falta de entendibilidad.

Por esta razón, muchos querían un cambio: humanizar la música. Ockeghem y sus discípulos -Obrecht e Isaac- comenzaron este cambio restaurando el equilibrio entre lo místico y lo expresivo, pero fue Josquin des Prez quien dio un paso más, utilizando todos los recursos disponibles para adecuar la música al significado de las palabras y poder expresar la profundidad de cada emoción.

Centrándonos ahora en el Renacimiento en España persistían, por un lado, las ideas de la Edad Media y el sentimiento religioso, y por otro, convivían las mezclas incesantes de Oriente y Occidente. Estos dos elementos, que contribuyen a formar el arte español, explican la forma natural de cómo España acepta las contradicciones y las fusiona, ya que en la oposición misma se halla la base de su historia: occidente y oriente, música universalista con sello español, espíritu arábigo y aires mudéjares...

Pero el Renacimiento español también se identifica con la disciplina amorosa de Platón, en la que casi todos nuestros autores místicos del Siglo de Oro se encuentran influidos. El misticismo platónico, la gradación de las claridades, el esplendor de los cuerpos luminosos, el mundo y el espejo, las transparencias y los simulacros, las bellezas de la vista y del oído, la armonía de las proporciones, el "acrecentamiento de la luz" -el brillo externo de la razón-; todo ello orientado "a lo espiritual" y "a lo divino". Como nuestro místico San Juan de la Cruz quien no contempla la belleza desde la oscuridad y el sufrimiento, sino desde la sensualidad profana que también puede ser espiritual, divina.

Y hay otro artista en esta época que sintetiza las características de nuestra cultura: el Greco. Humanista Greco-italiano que se hace español en Toledo, gracias al estudio y convivencia con la multiplicidad de culturas aportadas por esta ciudad y, además, mostrando su espiritualidad: se adapta a los policromistas españoles, alarga los cuerpos para transformarlos en celestes y construye en dos planos para narrar el amor profano y el amor divino, pero sin renunciar a su colorista sensualidad. Su dimensión es moderna, internacional, universal.

Similar panorama presenta el Renacimiento musical español debido a la importancia que España adquiere en este momento. Es necesario recordar que, desde que Cervantes escribe su primera obra hasta su muerte, se suceden en España 50 magistrales años de música, quizás los mejores de la historia de la música española.

El estilo que ahora practican los maestros españoles es plenamente internacional, un lenguaje universal. Tomás Luis de Victoria, Guerrero, Morales o Diego Ortiz, los vihuelistas



y organistas, como Cabezón, gozan de unánime estima en toda Europa. Este espíritu de internacionalidad, de universalismo, de independencia, de riqueza y calidad creadora, y de humanismo profano que quiere ser espiritual y trascendente, es el valor formativo del Humanismo de la Música, un valor educativo y verdadero transformador social.

Porque en la filosofía del humanismo, la belleza sensible glorifica las más elevadas manifestaciones del arte y éste magnifica al hombre. Y los artistas humanistas intentan divinizar la vida, pero también intentan humanizar el arte para quedarse con la esencia, con la entendibilidad, con el valor de la comunicación. Porque, además de aportar su fuerza inspiradora y todo el valor intelectual del que debe estar provista toda obra bien hecha, intentan conseguir que la música sea expresiva y llena de emoción.

Y no quiero dejar de mencionar cómo, a través de mi tesis doctoral *–Antón García Abril, el camino singular de un humanista en la vanguardia, continuador de la cultura española de su tiempo–*, reivindico y demuestro, a través de nuestro compositor, que el humanismo era también compatible con las vanguardias del siglo XX, pues estar avanzado, estar en la modernidad, no significaba obligatoriamente tener que romper con todo.

Humanismo, belleza, comunicación... Este es el mensaje y el gozo que le tenemos que transmitir a nuestros jóvenes, a nuestros profesionales, y a toda la sociedad. Y para conseguir todo esto, no tenemos que seguir empeñados en que la única forma de aprender Música sea a través de la práctica de un instrumento. No quiero que piensen ustedes que no le doy valor a la práctica instrumental, todo lo contrario, cuando mi formación parte de ahí. Lo que quiero transmitirles es que eso no es lo único y más importante, y que estudiar un instrumento requiere, por desgracia, unas habilidades y un talento que no todos poseen. Debemos, por lo tanto, empeñarnos en lo contrario, en descubrir el talento que todos tenemos: por ejemplo, la capacidad de amar, como también la capacidad de descubrir y disfrutar de la belleza, de la estética a través de la historia y la cultura del Arte, de nuestra sensibilidad, de nuestro oído interno, de nuestro yo interior. Y el aprendizaje de la Música a través de ello, es el camino.

Por todo esto, démosle contenido humano y espiritual a la música, matizando al sistema, formando a nuestros profesionales y convenciendo a los políticos, a los colegas, a los padres y a las familias, y al resto de la sociedad, del poder formativo de la música, aunque, por supuesto, nunca imponiendo sólo proponiendo. Porque esa es la fórmula: no sólo enseñar doctrina, sino mostrar herramientas para que cada uno en libertad escoja su camino. Pero les aseguro, que si le damos la importancia y el valor formativo real que tiene la música, y la divulgamos así, tendremos más posibilidades de que el camino escogido sea el de la Verdad, el del Verdadero Encuentro, porque con la Música estamos en comunidad, en comunión, nos podemos abrazar fraternalmente a través de la Música.



Colaboremos con pasión en la educación y formación de nuestros jóvenes, de nuestros profesores y profesionales, en cualquier ámbito educativo, y por supuesto, en la Universidad, en la sociedad, en general, pero no sólo preocupados de dar contenidos cuantificables, sino de construir hombres y mujeres fuertes, líderes que comprendan y crean en el camino del esfuerzo, para llegar al camino de la excelencia y de la perfección, que valoren la importancia de su singularidad, pero en el orgullo de formar parte de un colectivo, que disfruten de la fortaleza psicológica que les da su propia soledad y libertad, cuando descubren, siendo creativos a través de la música, que nunca están solos.

Decía Platón en la República: *“La primacía de la educación musical, ¿no se debe (...) a que nada hay más apto que el ritmo y la armonía para introducirse en lo más recóndito del alma y aferrarse tenazmente allí, aportando consigo la gracia y dotando de ella a la persona rectamente educada, pero no a quien no lo esté? ¿Y no será la persona debidamente educada en este aspecto, es decir, en la música, quien con más claridad perciba las deficiencias o defectos en la confección o naturaleza de un objeto y a quien más, y con razón, le desagraden tales deformidades, mientras, en cambio, sabrá alabar lo bueno, recibirlo con gozo y, acogiendo su alma, nutrirse de ello y hacerse un hombre de bien (...)?”*.

La clave de una buena educación y formación es motivar, entusiasmar a los niños, jóvenes y adultos con los grandes valores y, para ello, basta mostrárselos con toda su riqueza. La música, con más intensidad que otras artes, ayuda con eficacia a la formación de nuestra personalidad, ya que provoca la potenciación de nuestras facultades: los sentidos, la atención, la memoria, la imaginación, el sentimiento, la capacidad creativa, la inteligencia, la sensibilidad...

Y todas estas facultades necesitan ser trabajadas de forma adecuada, y no superficialmente, comenzando, primero, a través del trabajo en la creación o búsqueda de nuestro oído interior, de nuestra escucha. Porque hay que enseñar no a oír, sino a escuchar. Hay que formar desde este parámetro, para poder diferenciar y reconocer, internamente, un sonido, un intervalo, una célula, un motivo o sujeto, una frase... A la vez que dar herramientas para reconocer los diferentes estilos musicales, las distintas arquitecturas de una obra musical para, después, contextualizarlas antropológica, sociológica e históricamente en el concepto historiográfico de la música, llegando así al verdadero entendimiento de la misma. Porque, de esta forma, iremos integrando todas estas facultades, hasta darnos cuenta de que somos nosotros los que ahora estamos creando de nuevo esa obra de arte, porque nos estamos recreando en ella. Por eso estamos siendo creativos, porque todo nuestro ser está vibrando con la razón y con la emoción del despertar del conocimiento y del sentimiento.

Porque también nos habremos dado cuenta en lo que consiste el verdadero lenguaje musical, el verdadero secreto de este lenguaje universal, de este lenguaje humano y espiritual. Porque cuando reparamos en él, somos conscientes de que debemos hacerlo en



recogimiento, en silencio. Podemos decir que estamos ante un sonido silencioso, porque necesitamos escucharlo y sentirlo interiormente, necesitamos vibrar con él y en él, sentir sus vibraciones y campos de resonancia preparándonos, así, para el encuentro con nosotros mismos, con los otros y con la Verdad.

Decía Stravinsky en su famoso libro *Poética Musical* “el sentido profundo de la música, y de su finalidad esencial, es el de promover a una comunión, a una unión del hombre con su prójimo y con el Ser”.

Innovemos y cambiemos el sentido de la educación y de la formación a través de la música. Descubramos y ayudemos a una verdadera transformación social a través de la música. No veamos para otro lado. Tenemos una gran responsabilidad. Hay que formar a personas integralmente para que sean íntegras. A personas que salgan al mundo, a personas inteligentes y cultas que se distingan por la excelencia, a personas creativas y sensibles, no sólo porque cultiven la práctica del buen gusto, sino porque sepan reflexionar y sentirse orgullosas de disfrutar de su libertad, de su singularidad y de su diferencia. Tenemos que formar en esta filosofía para que, después, ellos, puedan formar y dirigir a otros. Porque la sociedad necesita, hoy más que nunca, personas creativas y, la prosperidad de un país, dependerá del pensamiento creativo que desarrollen sus habitantes. La Música y su Humanismo es una de las fórmulas para conseguirlo. Les aseguro que el humanismo de la música, que el arte musical, les ayudará y nos ayudará a conseguirlo, les ayudará y nos ayudará a encontrar nuestro camino y, después, a no apartarnos de él, sino a encontrarnos con nosotros mismos y, en ocasiones, con Él.

Para finalizar, y parafraseando a Marianne von Werefkin, esposa y colaboradora de mi admirado Jawlensky, pintor-músico, músico-pintor, que hacía eslabón con otros muchos que creían no sólo en la integración de todas las artes, sino en la importancia de la música como origen o punto de unión entre todas -en ese posicionamiento estoy yo-, pintores-músicos, músicos-pintores que revolucionaron el arte plástico de las décadas de la primera mitad del siglo XX, estoy hablando de Kandisky, Nijinsky, Ciurlionis, Scriabin, Kupka, Ender, Carrá, Romani, Schönberg, Delaunay, Picabia, Severini, Macke, Paul Klee y Jawlensky..., pues decía Marianne von Werefkin que “Sólo entenderemos la obra de arte en toda su dimensión, cuando advirtamos en qué medida el artista ha sabido convertirse en maestro de la vida”.

Les aseguro que los que se aproximen al Arte de la Música, a las figuras de los grandes músicos y al Humanismo de la Música van a sentir una transformación, van a encontrar razones suficientes para creer en una sociedad mejor, donde hay seres humanos que ejemplifican el porqué de esta vida y de nuestra misión en ella consiguiendo unos, e intentando otros, la ansiada meta: ser o intentar ser -además de grandes genios o,



REAL ACADEMIA DE DOCTORES DE ESPAÑA

simplemente, dignos profesionales- personas auténticas, verdaderos seres humanos, verdaderos maestros de la vida.